

El señor Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes presidió el acto, cuyos números musicales estuvieron á cargo de la Banda de Policía. La parte literaria del programa fué desempeñada por el señor Senador y Doctor Porfirio Parra, Presidente del Congreso, quien dió la bienvenida á los congresistas; se refirió á los últimos descubrimientos en medicina; consagró un recuerdo á los grandes médicos mexicanos Lucio, Lavista, Carmona y Valle y Ramos, y encomió la alteza de los fines perseguidos por la asamblea; 1 por el señor Doctor Antonio F. Alonso, Delegado por San Luis Potosí, que en nombre de sus compañeros contestó al discurso del señor Doctor Parra, y por el señor Diputado y Doctor Gregorio Mendizábal, que disertó sobre los ideales en medicina. Por último, el señor Secretario de Instrucción Pública declaró inaugurado el Congreso y habló acerca de la alta función humanitaria del médico en la sociedad.

El Congreso celebró sesiones los días subsiguientes y discutió temas científicos de la mayor importancia, especialmente los relacionados con la higiene pública, ramo que recibió preferente atención de la asamblea.

Una vez llenado su programa, eligió á la Comisión Ejecutiva del V Congreso y clausuró solemnemente sus tareas en la sesión del 25 de septiembre, presidida por el señor Diputado y Doctor Eduardo Licéaga y en la que pronunciaron discursos los señores Doctores Luis E. Ruiz, Gonzalo Castañeda y Juan Valdés.

Primer Congreso de Indianistas.— Por iniciativa del señor Licenciado Francisco Belmar, Magistrado de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, entusiastamente secundada por un grupo de distinguidos hombres de estudio, se formó, para celebrar el Centenario, una sociedad dedicada al estudio de los diversos problemas relacionados con nuestras razas indígenas y especialmente el de su mejoramiento y progreso.

La inauguración solemne del Congreso convocado por dicha agrupación debió efectuarse dentro del mes de septiembre y quedar comprendida en el programa de las ceremonias de aquellos días; pero dificultades de índole varia lo impidieron, y el acto hubo de aplazarse hasta el día 30 de octubre, que fué cuando se verificó en el salón de conferencias del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, bajo la presidencia del señor General don Porfirio Díaz.

A las 7 p. m., hora fijada en las invitaciones, el amplio local, decorado con elegante sencillez, estaba lleno por una escogida concurrencia. El señor Presidente de la República ocupó el sitio de honor en la plataforma, acompañado por los miembros de su Gabinete, varios honorables diplomáticos extranjeros y algunos altos funcionarios. La Orquesta Beethoven, dirigida por el maestro don Julián Carrillo, tuvo á su cargo los números musicales del programa, y la parte literaria estuvo desempeñada por el señor Doctor Jesús Díaz de León, que expuso los trabajos preparatorios realizados por la sociedad y sus filantrópicos propósitos de formar la conciencia moral y cívica de las razas indígenas mexicanas; por el Profesor don Abraham Castellanos, quien en su alocución intercaló la

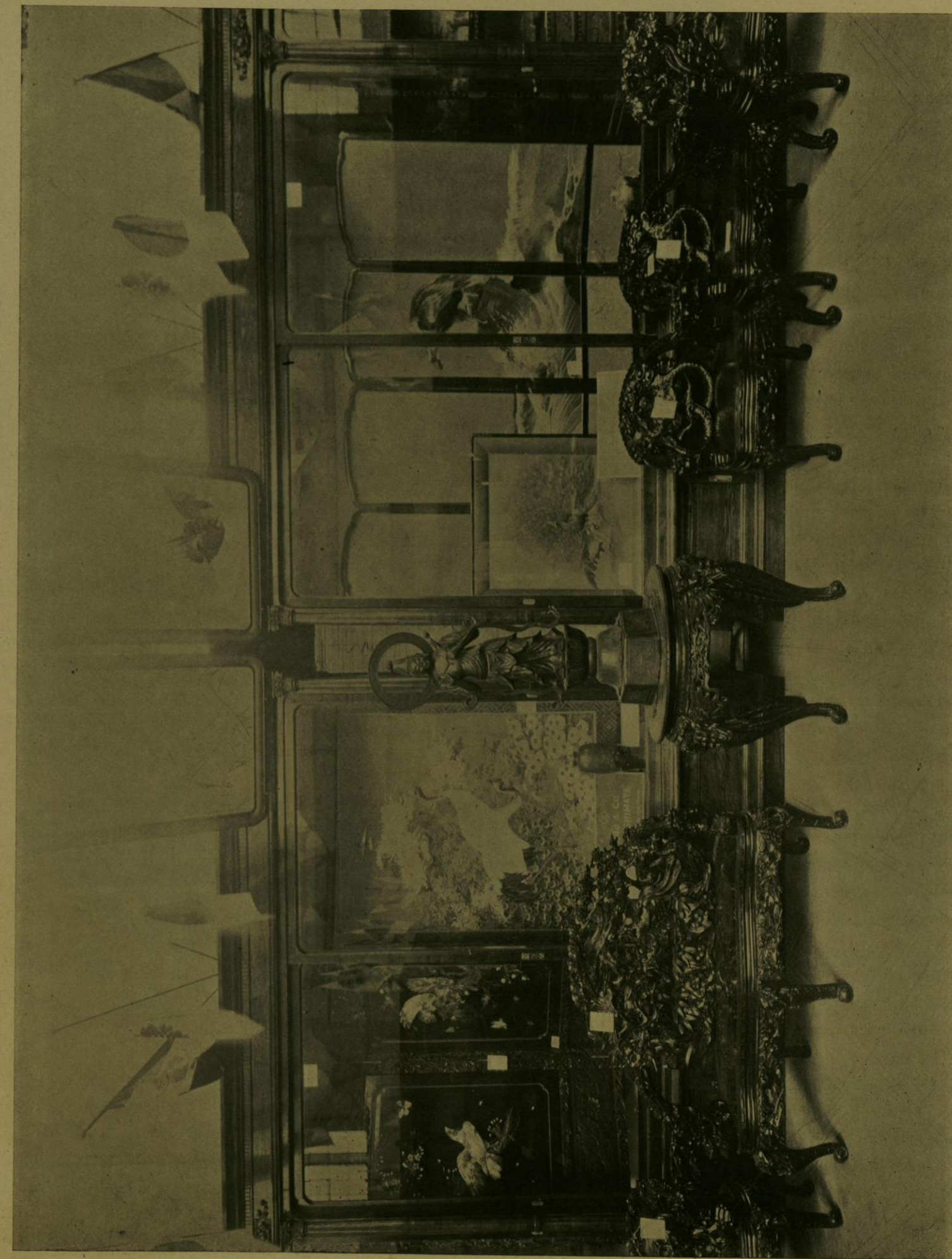
lectura de una pequeña composición poética en lengua mixteca, obra de un humilde indígena de ingenua y tierna inspiración; por el señor Licenciado José Lorenzo Cossío, que hizo una brillante apología de nuestra raza indígena y señaló elocuentemente las causas de su actual decadencia, y por el señor Diputado y Licenciado Prisciliano Maldonado, que pronunció una hermosa poesía.

En días posteriores se verificaron varias sesiones, en las que se eligió la mesa directiva y se dió lectura á interesantes trabajos encaminados á realizar los fines de la sociedad, que, nacida al calor de una idea generosa y para conmemorar un magno acontecimiento, está llamada á prestar los más eficaces servicios á unas razas dignas de vivir la vida del progreso.

1 Véase la pieza número 166 del Apéndice.



EDIFICIO DE LA EXPOSICION JAPONESA.



MUEBLES Y OTROS OBJETOS DE LA EXPOSICION JAPONESA.

§ 2.

Exposiciones artísticas.

Exposición Japonesa.—La inauguración de la Exposición Japonesa quedó comprendida dentro de las fiestas del Centenario, y, al verificarse, el 2 de septiembre, tuvo una gran solemnidad, debido á la presencia del elemento oficial, encabezado por el señor Presidente de la República, y de lo más selecto de la sociedad mexicana, llevada allí por el deseo, no sólo de corresponder á la deferencia de la colonia nipona, que en breve plazo organizó su notable certamen para contribuir á los regocijos de México, sino también de admirar los productos del arte y la industria del inteligente pueblo asiático, que con laboriosidad y energía sumas ha sabido utilizar todos los avances de la civilización occidental, sin perder los caracteres propios de su raza y de su genio.

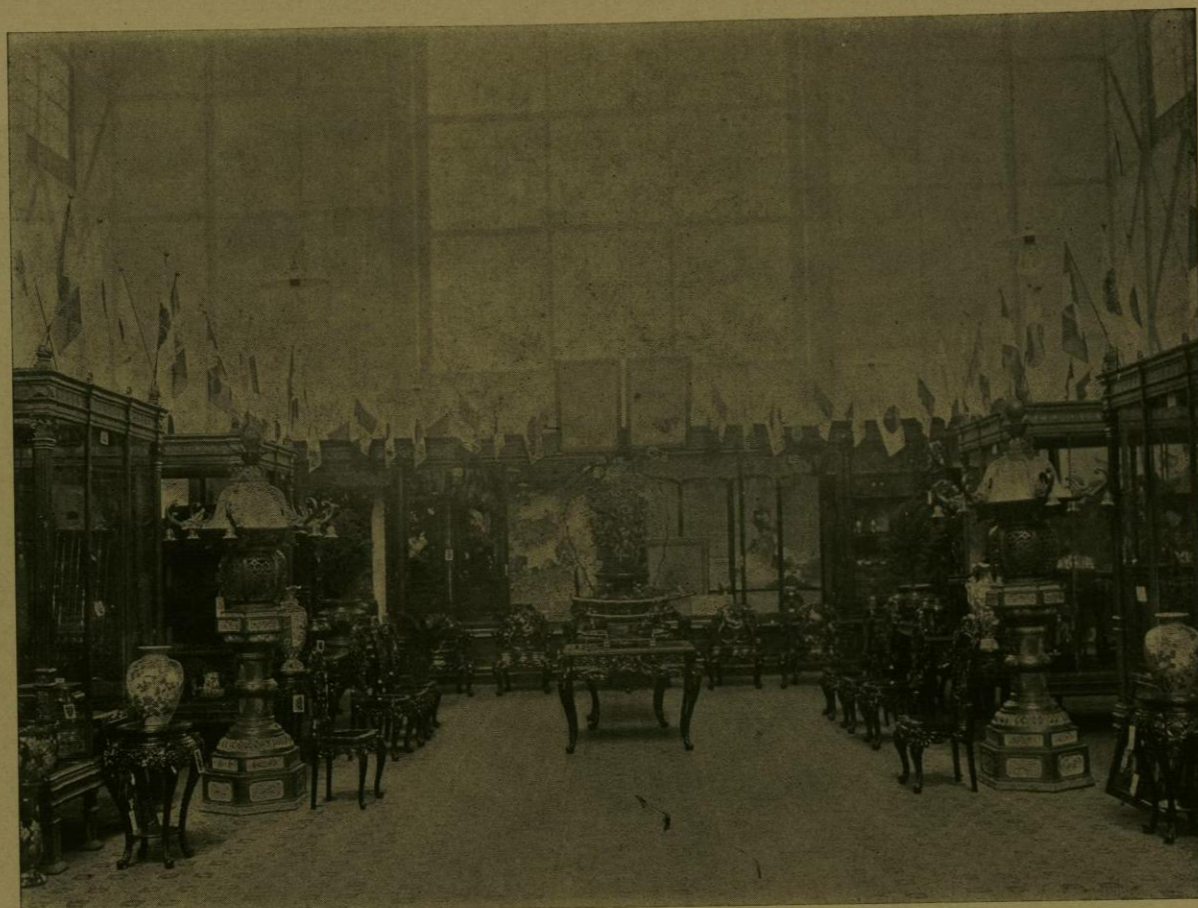
La Exposición se efectuó en el llamado «Palacio de Cristal,» local vasto y claro destinado al Museo Nacional de Historia Natural y ubicado en la calle del Chopo, que el día de la inauguración estuvo vistosamente engalanado con banderas mexicanas y japonesas, plantas y flores naturales.

El señor General Díaz, que llegó al edificio con su acostumbrada exactitud, fué recibido en los umbrales por el Representante del Japón en México, Excelentísimo señor Kuma Horigoutchi, y por el señor Marimoto, Presidente de la Exposición, quienes lo acompañaron en su visita á los departamentos del salón, ocupado en su totalidad por grandes vitrinas y estantes donde se ostentaban, en clasificación y orden perfectos, los incontables objetos expuestos. Estos, según el reglamento del certamen, se dividían en dos grupos: los que podían ser adquiridos por compra desde luego, y los que sólo podían comprarse cuando terminara la Exposición; teniendo en cuenta el diferente valor artístico de unos y otros, pudieron también distinguirse dos clases: los que no tenían carácter japonés y parecían elaborados en cualquiera fábrica europea, por la fidelidad y exactitud con que el arte occidental estaba reproducido en ellos, y los trabajados con la exquisita finura, fantasía decorativa, extraña imaginación y facultad creadora que caracterizan el arte nipón.

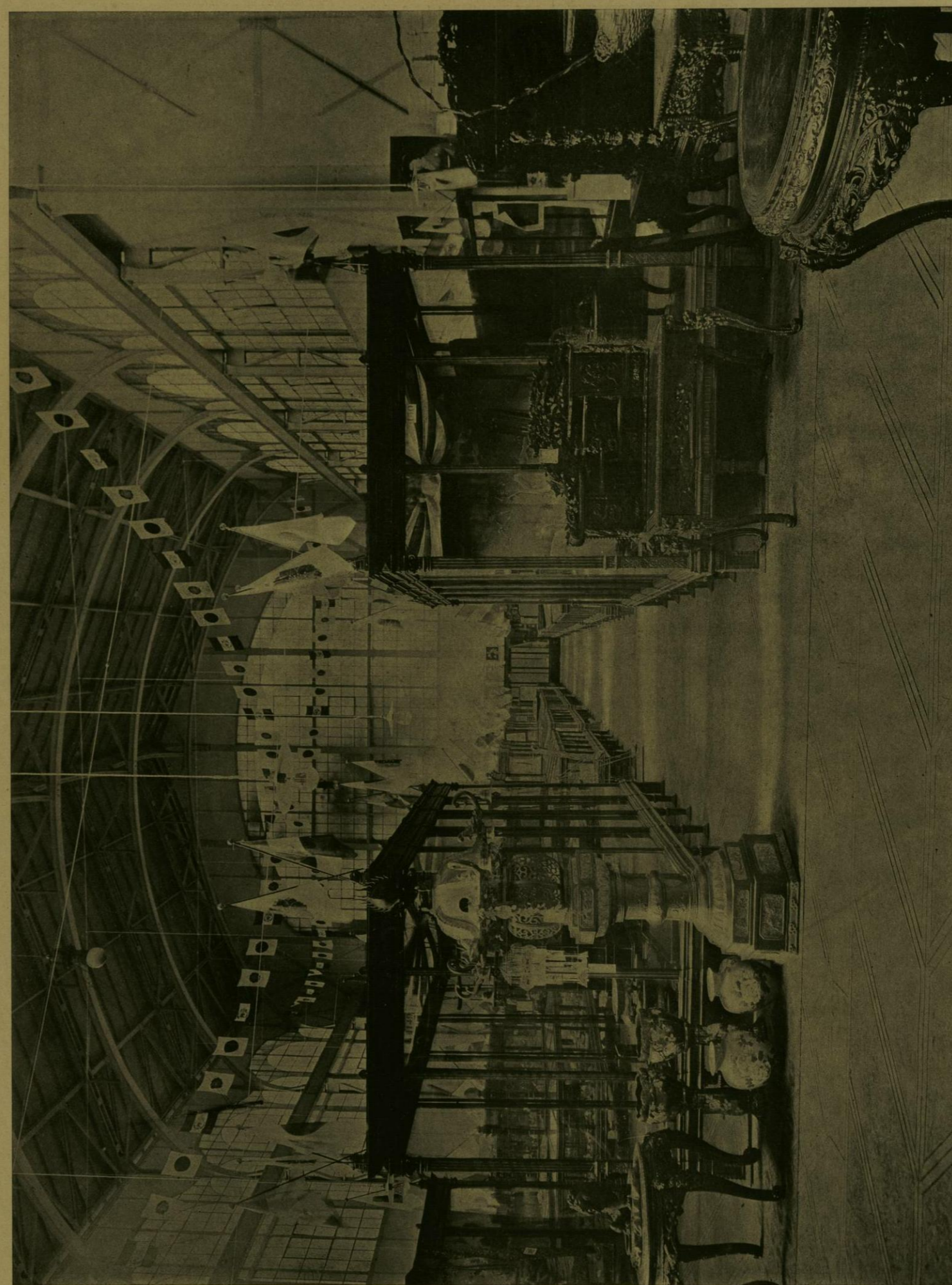
Entre los primeros se encontraban objetos de escritorio, lápices, perforadoras, cajas de imprenta, máquinas de mano para imprimir, bastones, armas de fuego, objetos de cerrajería, sombreros, efectos de droguería, juguetes de todas clases, estuches de medicina y cirugía, útiles para *lawn-tennis* y otros deportes y muchas cosas más. Los segundos comprendían un gran lote de porcelanas, vajillas, juegos para té, tibores grandes y chicos, floreros, jarrones, etc.; una inmensa variedad de objetos disímboles, originales y graciosos de marfil, metal y madera, llenos de novedad en los detalles, como estatuas, cerilleras, cajas para tabaco, marcos para retratos, ceniceros y otros, á los que una flor, un árbol de cerezo, un dragón, la figura de un elefante ó la silueta de una nevada cima, despojaban de la vulgaridad ó revestían de encanto oriental.

Esa fantasía y esa novedad fueron admiradas por igual en los jarrones salpicados de imperiales crisantemos, en los floreros sostenidos por la cauda retorcida de un dragón, en los muebles tallados en las más finas maderas, en las estatuillas de marfil, en los biombos de sedas joyantes ricamente bordados, en los dibujos que reproducían las obras maestras de la pintura del Nipón y en una infinidad de canastillas, cofres de laca, armas, esteras, acuarelas, bordados y pequeñas figuras de metal, de madera, de marfil y de porcelana.

Después de recorrer todos los estantes y vitrinas, el señor Presidente de la República fué invitado á pasar al jardín anexo al edificio, transformado por el esfuerzo y habilidad de los organizadores en un parque de Tokio, con un estanque en miniatura, árboles enanos y todos los primores de la floricultura japonesa. Allí, bajo una tienda especialmente preparada, se sirvió al se-



CALLE CENTRAL DE LA EXPOSICION JAPONESA.



ALA SEPTENTRIONAL DE LA EXPOSICION JAPONESA.



JARDIN DE LA EXPOSICION JAPONESA.

ñor General Díaz, á los miembros de su Gabinete, al Cuerpo Diplomático y á las damas, un delicado *lunch*, que el señor Kuma Horigoutchi ofreció en castellano, con sencilla alocución, en la que dió al señor Presidente las gracias por haber concurrido á la inauguración de ese certamen, que, como todos los de su clase, había de contribuir para estimular las relaciones comerciales entre el pueblo mexicano y el japonés. El señor General Díaz brindó á su vez y tributó un elogio al pueblo laborioso que tan nobles alardes hacía de su genio artístico y su progreso industrial, y que se unía á México en los días de júbilo de éste.

Momentos después se retiró el señor Presidente, y la concurrencia continuó admirando las maravillas que guardaba la Exposición Japonesa como muestra innegable de lo que sabe y puede la trabajadora y talentosa Nación que ha maravillado al mundo en los últimos tiempos.

Exposición Española.—La Exposición de Arte Español, abierta al público el día 9 de septiembre, dió á conocer labor de maestros, consagrados los más por una sonora fama; pero no era una exhibición de museo ni una competencia de excelencias; todas las obras enviadas estaban destinadas á la venta y hubo de advertirse la gran variedad de trabajos y su abundante número. Siete amplios salones ocupaban los objetos y telas expuestos, y desde que se llegaba á la escalinata de entrada se experimentaba grata sensación, producida por la magnificencia del arreglo.

El edificio construido *ad hoc* en la esquina de las Avenidas Juárez y Balderas era bello, y al entrar en él se imponía, sin esfuerzo y brillantemente, la influencia de la disposición interior, de muy buen gusto, exuberante de luces y colores, producidos por telas y joyas, por bronce y mármoles, por muebles y ornatos. Era una feria de lujo, una deslumbrante y fascinadora casa de riqueza, de alicatados frisos, ricos alfarjes, maderas ataraceadas, porcelanas y lozas de Talavera, esmaltes morunos, cristales policromos, fierros forjados, *panneaux* de acero cincelado, impresiones madrileñas y catalanas, vidrieras irisadas, telas bordadas con oro, trastos de azófar, cofres de fundición y de talla —incrustados éstos de concha y de maderas ricas—; todo dispuesto como en una tienda de opulencias, aliñado y reunido como en un palacio de artes decorativas. Hermoso ajuar para un comercio de hechicerías, combinado espléndidamente para avalorar y acrecer la presencia de cuadros y esculturas.

Benlliure y Nogales, García Rodríguez y Lucena, Huerta y Serra, los Zubiaurre y Placencia, todos estaban allí; abundantes eran los frutos de su taller, propicios á la cosecha de arte; y entre esa incontable provisión, lo más notable y lo mejor quedó reunido en un salón especial, el último de las galerías, ocupado regiamente por Benedito, Zuloaga, Sorolla, Villegas y Chicharro.

Antes de detenerse ante ellos, hay que advertir que por ser obras de estudio, de aquellas en que el pintor se preocupó, más que de otro fin, del noble y puro de crear, eran dignos de mención y de entusiasta elogio los cuadros de Angel Larroque, quizá los más severamente pintados de la exhibición. «Flora la Enana,» de Larroque, conserva la gloriosa tradición española del arte que ha sabido encerrar la más visionaria de las almas dentro de la más viva realidad, y está inspirada en la obra inmensa de Velásquez. La enana, zamba, corcovada, de nariz braca y ojos cónicos y perversos, pertenece á la colección teratológica de los deformes inolvidables, expresión refinada y penetrante de torceduras y aberraciones de almas, tipos que son símbolos y que han atraído siempre la atención dolorosa é implacable de los más grandes artistas, como el insuperable Velásquez, el incomparable Vinci, el inimitable Rembrandt. La misma «Flora la Enana» se muestra, con igual precisión y vigor de rasgos, con tan notoria significación como en el primer cuadro, en otro de Larroque, acompañando á garrida moza, fresca y ya dispuesta á la indiferencia del amor pagado; y la sola presencia de la vieja en pie, con su cuerpo anormal y su aspecto de bellaca, da á la composición, sin más menesteres, carácter y valor. La pintura es sobria, franca, firme, y ambas figuras están modeladas con factura amplia de maestro.

Los cuadros de Benedito eran varios: «El Infierno del Dante,» valentísimo de color y de técnica, de composición grandiosa y de gestos y actitudes bellamente trágicos, así en la angustia del visionario florentino como en la extraterrestre serenidad del poeta mantuano, despojado del terror como de vestidura terrenal. «Las Mujeres de Bretaña» forman una colección de retratos, por la individualidad de cada una, precisada con aguda y severa comprensión y tratada con técnica llena de estudio. Bellísimo es el mar y bellísima la costa, y el fuerte azul del agua, la tez roja de los rostros, la blancura de las tocas y el sombrío color de las ropas están armonizados y fundidos con sabiduría de gran pintor. En «Carmen y Agustina,» la Carmen estaba pintada admirablemente; cada plano fué modelado con una pincelada de sencillísima solidez y justísima precisión; cada valor fué resuelto de igual manera, y no había un detalle, ni en las carnes, ni en el cabello, ni en el mantón floreado, que no fuese un toque magistral. La Agustina, pintada con lisura y para agrandar otro gusto, parecía de diversa mano.



UNA VISTA DE LA GALERIA CENTRAL DE LA PLANTA ALTA DE LA EXPOSICION ESPAÑOLA.